

Comboni y el colonialismo

Resumen

El artículo analiza de forma crítica las complejas relaciones entre Daniel Comboni y el colonialismo del siglo XIX, poniendo de relieve cómo su labor misionera en Sudán se desarrolló en un contexto profundamente marcado por la expansión europea y egipcia en África. Tras esbozar las causas históricas, geográficas y políticas del colonialismo —entre ellas, el fin de la trata atlántica, la apertura del canal de Suez y el creciente interés de las potencias europeas por el continente africano—, el texto sitúa la obra de Comboni en este escenario en rápida transformación.

El autor subraya cómo Comboni mantuvo una relativa autonomía respecto a las grandes potencias europeas, a pesar de contar con la protección diplomática de Austria e Italia. A diferencia de otros misioneros, como Charles Lavigerie, no fue un instrumento directo de las políticas coloniales europeas. Sin embargo, esta autonomía fue solo parcial: de hecho, Comboni resultó profundamente condicionado por el poder egipcio, que ejercía un control directo sobre Sudán y utilizaba las misiones también como instrumentos de penetración y «civilización».

El texto destaca cómo la propia supervivencia de la misión comboniana dependía del apoyo logístico y político del Gobierno egipcio, creando un vínculo ambiguo que acabó haciendo que los misioneros fueran percibidos como aliados del poder dominante a los ojos de las poblaciones locales. Esa percepción contribuyó al aislamiento de la misión y a su vulnerabilidad, sobre todo en el contexto de las tensiones que condujeron a la revuelta mahdista.

Se concede especial importancia a la relación entre Comboni y figuras como Charles Gordon, símbolo del entrelazamiento entre los intereses egipcios y británicos, y a la confianza que el misionero depositaba en las conquistas egipcias como posible instrumento para la difusión del cristianismo. Esta visión, sin embargo, resultó ilusoria, ya que ignoraba la violencia y las dinámicas de resistencia locales.

En conclusión, el artículo sostiene que, aunque no fue un agente directo del colonialismo, Comboni se vio inevitablemente involucrado y condicionado por él. Su obra misionera siguió los avatares de las empresas coloniales, pero al mismo tiempo dejó un legado duradero, contribuyendo al nacimiento de la Iglesia local sudanesa, que sobrevivió más allá del fin del dominio colonial.

Resumen de las ideas principales

El artículo examina en profundidad las relaciones entre Daniel Comboni y el contexto del colonialismo del siglo XIX, poniendo de relieve una relación compleja, ambigua e irreductible a esquemas simplistas. El autor sitúa, en primer lugar, la experiencia misionera de Comboni en el marco histórico más amplio de la penetración europea y egipcia en África, determinada por múltiples factores: la larga tradición de la trata de esclavos, su supresión parcial a lo largo de la ruta atlántica pero la persistencia de la oriental, y sobre todo las transformaciones geopolíticas vinculadas a la apertura del Canal de Suez en 1869. Este último acontecimiento convirtió en estratégicas unas zonas hasta entonces marginales, como el Mar Rojo y Sudán, atrayendo el interés de las potencias europeas y reforzando el papel de Egipto.

En este escenario, Sudán ocupaba una posición crucial: controlado por los egipcios, constituía una puerta de acceso al África Central gracias al Nilo. Fue precisamente en este contexto

donde se inscribió la acción misionera de Comboni, que actuó en los años en que se estaba perfilando el reparto colonial del continente, formalizado poco después de su muerte con la Conferencia de Berlín de 1884.

Uno de los ejes centrales del artículo se refiere al grado de autonomía de Comboni respecto a los intereses coloniales europeos. El autor reconoce que fue relativamente libre respecto a las potencias occidentales: aunque vinculado a Austria e Italia, no sufrió un verdadero condicionamiento político por parte de estos Estados. El Imperio austrohúngaro garantizó protección diplomática a la misión sin imponer una línea política, mientras que Italia, aún poco activa en el plano colonial durante la vida de Comboni, no ejerció ninguna influencia significativa. Esto distingue a Comboni de otros misioneros contemporáneos -como Charles Lavigerie- más estrechamente vinculados a las estrategias coloniales de sus respectivos países.

Sin embargo, esta relativa independencia no implica que fuera completamente ajeno al colonialismo. De hecho, el artículo demuestra que la verdadera influencia que sufrió Comboni fue la ejercida por Egipto, potencia regional que actuaba de manera análoga a las potencias coloniales europeas. El Gobierno egipcio permitió y apoyó la presencia misionera en Sudán, pero dentro de límites muy precisos: prohibición de evangelizar entre los musulmanes y libertad de acción limitada entre las poblaciones africanas no islamizadas del sur. En este sentido, la misión se inscribía funcionalmente en el proyecto egipcio de control y explotación del territorio.

Un aspecto fundamental que se pone de relieve es la dependencia material y logística de la misión respecto al poder egipcio. Sin el apoyo del Gobierno egipcio, Comboni y sus colaboradores no habrían podido ni siquiera acceder a Sudán y menos aún operar en su interior. Los misioneros disfrutaban de facilidades decisivas: transporte a lo largo del Nilo, autorizaciones aduaneras, protección militar y apoyo en las expediciones. Esta relación privilegiada, aunque garantizaba la supervivencia de la misión, contribuyó a identificarla a los ojos de las poblaciones locales con el poder dominante, generando desconfianza, hostilidad y aislamiento.

El artículo destaca cómo esta ambigüedad se manifestó en varios episodios concretos, en los que la misión apareció estrechamente vinculada a las autoridades egipcias. La protección gubernamental, por ejemplo, reforzaba la idea de que los misioneros formaban parte integrante del aparato colonial, incluso cuando sus intenciones eran otras. Esto contribuyó a comprometer las relaciones con las poblaciones locales y a que la misión fuera vulnerable en momentos de crisis.

También se concede especial relevancia a la figura de Charles Gordon, cuya actuación pone de manifiesto el entrelazamiento entre los intereses egipcios y británicos. Aunque Sudán estaba formalmente bajo control egipcio, de hecho estaba cada vez más influenciado por Gran Bretaña, sobre todo tras la adquisición del control del Canal de Suez. Comboni se vio así inmerso, a menudo sin plena conciencia de ello, en una red de intereses políticos que conectaba el contexto local con las dinámicas imperiales europeas.

Otro elemento crítico se refiere a la visión que Comboni tenía de las conquistas egipcias. Tendía a interpretarlas en clave providencial, considerándolas potencialmente útiles para la difusión del cristianismo. Esta perspectiva le llevó a subestimar la violencia y las contradicciones del dominio egipcio, así como las crecientes tensiones entre las poblaciones locales. La incapacidad de comprender el alcance de la revuelta mahdista es un ejemplo significativo de esta limitación: Comboni interpretó el fenómeno a través de las categorías del poder dominante, sin comprender sus raíces profundas.

El artículo destaca además cómo la misión comboniana acabó viéndose envuelta en las dinámicas del colonialismo incluso tras la muerte de su fundador. Su destino estuvo, de hecho, estrechamente ligado a los acontecimientos políticos de la región: sufrió las repercusiones de la caída del dominio egipcio y solo pudo reanudar su actividad bajo el control británico, dentro de los límites establecidos por las autoridades coloniales.

En conclusión, el autor sostiene que las subordinaciones de Comboni al colonialismo fueron reales, aunque a menudo indirectas y no plenamente conscientes. No fue un agente de las potencias europeas, pero actuó inevitablemente dentro de un sistema de poder que influyó profundamente en su acción. Su experiencia misionera representa, por tanto, un caso emblemático de las ambigüedades que caracterizaron la relación entre evangelización y colonialismo en el siglo XIX.

A pesar de estas limitaciones y contradicciones, el artículo reconoce también el legado positivo de la obra comboniana: la «semilla» del cristianismo plantada en Sudán sobrevivió al fin del colonialismo y contribuyó al nacimiento de una Iglesia local autónoma. Este elemento final invita a una valoración equilibrada de la figura de Comboni, capaz de conciliar tanto las condicionantes históricas como los resultados duraderos de su acción.

Las complejas relaciones de Daniel Comboni con el colonialismo europeo y egipcio

Daniel Comboni estableció la misión en Sudán en los años en que los intereses coloniales de las potencias europeas tomaban forma en África. En el origen del colonialismo del siglo XIX hubo numerosos factores, históricos, geográficos y políticos.

Desde el punto de vista histórico, África había sido siempre, por desgracia, una fértil fuente de esclavos tanto para las potencias europeas que operaban en la costa atlántica, como para los turco-otomanos en el lado opuesto, es decir, al este. A lo largo del siglo XIX se suprimió la trata atlántica de esclavos, pero la oriental practicada en el Imperio otomano, siguió activa, como atestiguan los exploradores y misioneros que comenzaban a adentrarse en el continente, revelando su conformación y sus riquezas potenciales, pero también las brutalidades que caracterizaban a las caravanas de esclavos que se dirigían hacia los mercados levantinos. Esto aumentó la presión de la opinión pública europea para una intervención civilizadora y humanitaria con el fin de poner fin a tal escándalo.

Desde el punto de vista geográfico, la apertura del Canal de Suez (1869) revolucionó el comercio y la economía internacionales, atrayendo la atención y los intereses de todas las grandes potencias hacia el mar Rojo y la costa africana frente al océano Índico, una zona geográfica hasta entonces totalmente irrelevante que se transformó rápidamente en un punto estratégico. Esto, a su vez, aumentó enormemente la importancia de Egipto, a quien pertenecía la lengua de tierra donde se abrió el canal.

Políticamente, por tanto, África, y en particular Egipto, que hasta entonces habían permanecido al margen de la historia, entraron de repente en el ámbito de los intereses de la política internacional y de las potencias europeas.

Comboni llegó al Sudán por primera vez en la década de 1850 y regresó allí como vicario apostólico y luego como obispo en la década siguiente, es decir, precisamente en los años en que se materializaba lo que acabamos de escribir. Sudán, recién conquistado por los egipcios y, por tanto, gobernado por las autoridades de El Cairo, daba al mar Rojo, es decir, a la vía fluvial que conducía al canal de Suez. Además, lo atravesaba el Nilo, hecho navegable por los propios egipcios, que constituía la única vía segura de acceso al corazón del África negra.

Egipto y Sudán se encontraban, por tanto, justo en el centro del problema africano en el momento en que las grandes potencias europeas, por la suma de las razones que acabamos de señalar, comenzaban a planear la conquista del continente. Conquista que se planificaría y organizaría políticamente en la Conferencia de Berlín celebrada en 1884, poco después de la muerte de Comboni (1881).

¿Cuál fue, pues, la relación de Daniel Comboni con el colonialismo y la política africana de las potencias de la época?

A menudo se ha debatido sobre **su independencia respecto a los intereses coloniales. Esto solo es cierto en parte.** Ciertamente, fue más libre que otros misioneros, como el obispo francés de Argel y posterior cardenal Charles Lavigerie, notoriamente condicionado por la política africana francesa. En cambio, en el caso de Comboni, a pesar de haber utilizado las dos nacionalidades y los dos pasaportes de los que era titular, el austriaco y el italiano, ninguna de las dos naciones parece haber condicionado realmente su actuación. Italia, que no mostró intereses coloniales concretos hasta después de la muerte de Comboni, no lo condicionó en absoluto, también porque, distraída por las presiones anticlericales procedentes de la «Cuestión Romana», no comprendió, a diferencia de Francia, la

importancia que podían tener los asentamientos misioneros de cara a futuras conquistas político-militares. Aún menos le influyó la ciudadanía austriaca, ya que el Imperio de Austria (desde 1867 austrohúngaro), que sin embargo garantizó a la misión comboniana la protección político-diplomática, es decir, la cobertura imperial frente al Gobierno egipcio, nunca hizo valer dicha protección cargándola con ambiciones político-territoriales. Como es sabido, Austria-Hungría se vio totalmente absorbida por las cuestiones políticas europeas y por la gestión de las minorías nacionales, y nunca cultivó ninguna ambición colonial en África, salvo un breve período durante el cual se interesó por la cuestión del Canal de Suez en función de las ventajas que podían derivarse para el puerto de Venecia. Posteriormente, la pérdida de la región Lombardo-Veneto, y por tanto de Venecia (1859-1866), devolvió su política a una órbita exclusivamente europea.

Dicho de forma más clara, aunque siempre utilizó en África el pasaporte vienés y estuvo al frente de una institución a la que el gobierno de los Habsburgo había proporcionado su garantía política, diplomática y jurídica, Daniel Comboni nunca tuvo que seguir la política de Viena; al igual que nunca sintió ninguna obligación hacia Italia, que solo tras su muerte concretó sus ambiciones africanas en el territorio que más tarde se llamaría Eritrea.

Esto, sin embargo, no autoriza a decir que Comboni fuera inmune a las influencias y condicionamientos coloniales. Él también tuvo que pagar su peaje, y mientras declaraba con orgullo que lograba mantener a raya las interferencias consulares de las tres potencias europeas que podían reivindicar derechos sobre la misión —Francia, Austria e Italia¹—, no se daba cuenta de que caía en la red mucho más sutil e insidiosa de la **política egipcia**. La verdadera influencia política sobre la misión fue, de hecho, la que ejerció Egipto, un Estado africano que actuaba al sur de las cataratas con la misma arrogancia de una potencia colonial europea y con una brutalidad típicamente levantina.

La misión solo pudo existir gracias a la benevolencia y a la generosidad interesada del Gobierno egipcio, es decir, del virrey de Egipto (Jedive), quien consideró a los misioneros, desde su llegada (en 1848, antes de Comboni, cuando se puso en marcha el Vicariato Apostólico del África Central), como la vanguardia de su propio proyecto de civilización y occidentalización del Sudán, dejándoles actuar con total libertad, pero solo dentro de los límites que con mucha claridad les había impuesto. Es decir: prohibición absoluta de hacer proselitismo entre los musulmanes y libertad de acción únicamente en los territorios al sur de Jartum, donde cesaba el control egipcio y vivían las poblaciones negras aún no islamizadas, a las que los egipcios consideraban solo una cómoda reserva de gente a la que reducir a la esclavitud.

Sin la ayuda gubernamental del soberano de Egipto, formalmente dependiente del sultán de Constantinopla, pero de hecho independiente, Comboni ni siquiera habría logrado cruzar el desierto. Cabe recordar, de hecho, que la misión era ante todo una empresa cuya organización era sumamente complicada, obligada a introducir todo tipo de mercancías en un país carente de todo. Los egipcios habían introducido en Sudán (es decir, en el territorio al sur de las cataratas) una apariencia de administración civil y política, pero este seguía siendo un territorio primitivo y desconocido, donde había que valerse por sí mismo y la muerte

¹ Escribe Comboni: «Un asunto muy delicado es el de la protección europea en Egipto. [...] Austria tiene derecho a ello, al ser la protectora del valle del Nilo. Francia tiene derecho por la ayuda que me ha otorgado en cuando a los pasajes [navales] y por lo que hará. Italia tiene derecho por ser nosotros italianos. Lo cónsules de estas tres naciones me tratan con gentileza. Pero yo hasta ahora me he mantenido, y espero que por mucho tiempo me mantendré, en una respetuosa y amistosa independencia» (D. Comboni, Escritos, 1526; Comboni a Canossa, El Cairo, 20 de diciembre de 1867).

acechaba constantemente. Solo cuando Charles Gordon asumió la responsabilidad (en la década de 1870) se alcanzó un mínimo de eficiencia al estilo europeo, pero la organización implantada era una gota en el océano, y solo al servicio del Estado. Aún en 1876, escribe Comboni a un corresponsal en Francia: «La mayor parte de mi Vicariato está más atrasada en cuando a civilización y costumbres que nuestros padres, Adán y Eva»². Para entrar y sobrevivir en un entorno semejante, era indispensable la protección de quienes ostentaban el poder.

En resumen, el Vicariato pudo existir gracias a la abnegación de los misioneros, pero estos solo pudieron permanecer en Sudán gracias a las facilidades y ayudas proporcionadas por el Gobierno egipcio. He aquí algunos ejemplos. En Asuán, a orillas del Nilo, punto de entrada a Sudán, donde se encontraba la aduana, las armas con las que contaba la misión, indispensables para la caza y la defensa personal de los misioneros, en particular en la zona primitiva de los Montes Nuba, nunca habrían pasado sin los salvoconductos gubernamentales. Comboni se desplazaba habitualmente por el Nilo en el vapor del gobernador, que se ponía a su disposición de forma gratuita. La travesía del desierto de Nubia, en la expedición que organizó a principios de 1878, se vio obstaculizada por la hambruna que azotaba Sudán y que había reducido la disponibilidad de camellos. En Korosko, donde comenzaba el tramo desértico que se atravesaba a lomos de camello, dice Comboni, «encontré un gran número de comerciantes que llevaban allí entre cuatro y seis meses esperando para conseguir camellos». Pues bien, el fortuito encuentro con Charles Gordon, que recorría el mismo camino en sentido contrario para dirigirse a El Cairo, resolvió la situación como por arte de magia: «Tuve la suerte de encontrarme con Gordon Bajá. Le rogué insistentemente que moviera cielo y tierra para que me dieran al menos los camellos necesarios para transportar al personal a Berber y a Jartum, y él fue tan amable que envió muchos telegramas, ordenando a los grandes jefes del desierto y a los *mudirs* de Sudán que me dieran 80 camellos. Gracias a Dios, en cuatro días, de entre muchos cientos de camellos llagados y agotados, se eligieron 50 y en once días crucé el desierto. El resto de la caravana lo envié por la ruta de Dongola».

Se pueden documentar muchos otros episodios similares. Sin duda dan fe de la habilidad de Comboni y de sus infinitas influencias, pero también demuestran **una relación privilegiada con los gobernantes egipcios, lo que inevitablemente hizo que la misión, a los ojos cada vez más inquietos de los sudaneses, pareciera una estructura orgánica del gobierno invasor**. Un episodio significativo es el que ocurrió en El Obeid, capital de Kordofán, donde la apertura de la misión provocó un tumulto entre los musulmanes, con amenazas y palizas a los misioneros. Su protesta ante las autoridades, que llevó a la cárcel a los responsables de los disturbios y movilizó incluso a las oficinas gubernamentales de El Cairo, no pudo sino reforzar esta impresión popular y, con ella, el aislamiento de los misioneros, a quienes se miraba ciertamente con «temor» y se les dispensaban todas las «amabilidades posibles», como afirma la revista de Comboni (la futura «Nigrizia»), pero solo porque se sabía que detrás de ellos estaba la mano dura de los turco-egipcios.

Esta relación privilegiada, que confería prestigio y poder a la misión, pero aumentaba su aislamiento y sus enemistades, se consolidó aún más cuando Gordon se convirtió en gobernador general de Sudán, en 1877. Hay que tener en cuenta que poco antes Egipto había tenido que vender a Gran Bretaña su paquete accionario de la sociedad que gestionaba el Canal de Suez para no acabar en bancarrota. Con ello, Gran Bretaña había asumido de hecho

² Escritos, 4030

el control de Egipto. Gordon, inglés, era por tanto un funcionario egipcio, pero respondía sobre todo ante Londres. No siempre, creo, Comboni se dio cuenta de que estaba condicionado por una red de intereses que iban desde Sudán a Egipto, pero que tenían su punto de llegada en Inglaterra y, por tanto, en Europa.

El asentamiento comboniano entre los nubas del Kordofán es el que más se vio afectado por esta sobreexposición política. Fue solicitada por los nubas con la esperanza de que sirviera para poner fin a las incursiones esclavistas egipcias, y fue primero autorizada por el Gobierno, como cabeza de puente para la penetración entre los negros, y, posteriormente, cerrada por orden de las autoridades, con la orden dada a los misioneros de abandonarla, cuando en El Cairo se decidió intensificar las acciones de fuerza contra los locales. Esta misión fue, en definitiva, un instrumento de la política egipcia sin que los misioneros, quizá ni siquiera Comboni, se dieran cuenta.

Incluso el juicio que Comboni emitió sobre el Mahdi, quien se apoderaría de Sudán tras su muerte, en el único pasaje en el que habla de él, parece ajustarse a las posiciones gubernamentales, incapaz de ver la realidad del país en el que operaba, donde estaba madurando una revuelta de violencia incontenible que también arrollaría a la misión. Releamos sus palabras. «Me cuenta el Cónsul austriaco que Sudán se encuentra en plena rebelión a causa de un supuesto profeta que dice haber sido enviado por Dios para liberar a Sudán de los turcos y de la influencia cristiana. Desde hace años recauda impuestos para sí mismo, y tiene a su servicio a muchísimos de aquellos que ya no pueden enriquecerse al no poder seguir dedicándose al comercio de esclavos (y son nueve décimas partes de los indígenas) y a aquellos que pagan impuestos. A este profeta lo vi yo mismo en 1875 junto con otros misioneros, cuando con el vapor gubernamental fuimos más allá de *Tura el Khadra*, en la región de Cavala, y allí lo vimos, desnudo sobre un camello, y se decía que vivía en cuevas con mujeres desnudas. Anteayer, Rauf Bajá, gobernador de Sudán, envió un barco de vapor con 200 soldados y un cañón para capturarlo, pero todos fueron masacrados. Ahora el mismo Rauf Bajá quiere partir con un buen contingente militar. Ya veremos»³.

¿Cómo no sorprenderse, ante juicios como este, de que la misión pareciera a los derviches la institución más vinculada al proyecto colonial turco-egipcio? ¿De que se considerara a los misioneros como los peones más disciplinados de una invasión, más fieles al Gobierno incluso que el propio ejército?⁴ Innumerables escritos de Comboni dan fe de su confianza incondicional en la política egipcia. Lo más desconcertante es el informe que sigue, dirigido a Propaganda Fide, redactado al día siguiente de la conquista egipcia de Darfur. «En el vecino imperio de Darfur recientemente conquistado —escribe— se están organizando con ahínco cinco grandes *mudirías* o provincias egipcias por obra de Ismail Ayub Bajá, gobernador general y amigo mío. Sigo perfectamente informado de que el ambicioso Jedive aspira a la conquista del gran imperio de Waday y del Bornu, y, por así decirlo, de casi toda África Central. A pesar de no pocas objeciones en contra, opino que el hecho real de las conquistas egipcias puede

³ Escritos, 6941-6942; Comboni a Sembianti, Jartum, 13 de agosto de 1881.

⁴ No se debe olvidar que la obra más utilizada por los ingleses para justificar la intervención militar contra los Mahdistas fue el diario del misionero comboniano Joseph Ohrwalder, que permaneció prisionero del Mahdi en Sudán durante varios años. Después de la fuga a Egipto, fue obligado por los ingleses a escribir su historia, el manuscrito fue retocado por el servicio de inteligencia británico con el fin de empeorar la imagen de los Mahdistas y publicado con el título *Ten Year's Captivity in the Mahdi's Camp*, Londres, 1892 (en español: *Mis diez años de prisión. Revuelta y reino del Mahdi en Sudán*, Emi, 1998). Winston Churchill, que formó parte del contingente británico que descendió a Sudán para derrotar a los mahdistas, cita varias veces a Ohrwalder en el libro que escribió sobre ello: *Reconquistare Khartoum*, Piemme, 1999. Sobre la triste odisea de los misioneros prisioneros del Mahdi, véase el estudio de Camillo Ballin, *Il Cristo e il Mahdi*, Emi, 2001.

contribuir a la difusión de la verdadera fe católica en África Central. Estoy muy atento a estudiar los medios para sacar provecho de estos hechos importantes. Al igual que en los maravillosos descubrimientos de la industria y en las sublimes concepciones del genio humano, la mirada iluminada de la fe contempla, especialmente en nuestro siglo, los medios de los que se sirve Dios para cumplir sus designios sobre los pueblos y conducir a los hombres hacia sus destinos inmortales; del mismo modo, me parece que la Providencia se sirve de las conquistas humanas para sacar provecho de la difusión del Evangelio en estas tierras y del triunfo de la verdad. Egipto cobra cada vez más importancia. Además de la reciente conquista del imperio de Darfur, hoy recibo una carta del coronel Gordon en la que me informa de que ha podido recorrer el tramo del Nilo Blanco desde Regiaf hasta Kerri en una *falúa*, mientras que hasta hoy se creía imposible la navegación por las cataratas que lo hacían intransitable. Por lo tanto, han disminuido las dificultades de comunicación entre Gondógoro y las fuentes del Nilo y los Nyanza [los Grandes Lagos]. Parece que la empresa de Gordon va por buen camino. A la vista de estos resultados obtenidos, y que probablemente se consolidarán, permítame señalar este hecho de suma importancia. Si las conquistas egipcias avanzan a este ritmo, en pocos años el Estado de S. A. el Jedive de Egipto se convertirá en un reino colosal. Es mi gran compromiso estudiar todas las vías para sacar provecho de ello en favor de nuestra santa Fe»⁵.

En realidad, las cosas fueron muy diferentes. Comboni, de hecho, murió antes de que la revuelta indígena arrasara el «colosal reino», la misión y sus —en este caso— demasiado imprudentes previsiones. La obra comboniana registró, por tanto, todos los vaivenes de la fortuna y los reveses que sufrieron las construcciones coloniales africanas. Al haber sido una consecuencia de ello, no pudo sino seguir el mismo destino. Las influencias políticas de las que fue víctima fueron menos perceptibles que en otros casos, pero no por ello menos sutiles e insidiosas.

Y no hay que olvidar que cuando los combonianos regresaron al Sudán, tras el fin de la *Mhadia* y siguiendo a los ingleses, los verdaderos gestores del Sudán, solo pudieron hacerlo dentro de los límites, incluso geográficos, que les impusieron los administradores británicos.

Las subordinaciones de Comboni al colonialismo europeo son, en definitiva, reales e innegables. Pero si bien es cierto que no se libró de ellas, también lo es que la semilla cristiana que plantó en Sudán sobrevivió al fin del colonialismo y dio vida, aunque entre todas las dificultades que conocemos, a la Iglesia local sudanesa y sudsudanesa.

Gianpaolo Romanato

Fuente: Gianpaolo Romanato, *L'África di Daniele Comboni. Missione, esplorazione, avventura*, Studium, Roma, 2026, pp. 291ss.

⁵ Escritos, 3859-3861: Comboni a Franchi, El Obeid, 13 de julio de 1875.